

siempre con precisión y originalidad el pensamiento. Pero su carácter parecía haberse modificado. A las demostraciones entusiastas del pueblo respondió con una circunspección que nunca se le había conocido. Aquel oficial á quien se había visto en continua agitación y charlando por los codos, mostrábase ahora reservado y sobrio de palabra, cortés, sin familiaridad, digno y grave. Nombrado individuo del Instituto en la sección de Ciencias físicas y matemáticas, aparentaba vivir entre literatos y sabios, sin prodigarse en público. Esta conducta realzó el efecto de la solemne recepción que en su honor celebró el Directorio el diez de Diciembre, en el patio principal del Luxemburgo, donde se levantó un altar de la patria, una tribuna y un vasto anfiteatro. Allí, en presencia de todas las autoridades y de la apiñada muchedumbre, el ministro de Negocios Extranjeros, Talleyrand, presentó al ciudadano Bonaparte, que traía la ratificación del tratado concluido con el Emperador, y en lisonjero y hábil discurso, ponderó el genio del General, haciendo resaltar en particular su desinterés, y dió á entender que tal vez habría que arancarle un día de su afición al retiro y á los estudios para imponer á los tiranos de los mares, los ingleses, una paz digna de la gloria de la República. La respuesta de Bonaparte fué breve y grandilocuente. «La religión, el feudalismo y la monarquía, dijo, han gobernado sucesivamente á Europa en el transcurso de veinte siglos; de la paz que acabáis de concluir data la era de los gobiernos representativos. Habéis logrado organizar la gran Nación, cuyo vasto territorio no tiene límites sino porque la misma naturaleza se los ha puesto». Y concluyó con estas palabras: «Cuando la dicha del pueblo francés se haya cimentado en las mejores leyes orgánicas, toda Europa será libre». Estas mejores leyes orgánicas nos son ya conocidas, eran las que bosquejé en su carta á Talleyrand: una supuesta representación nacional concentrada en el poder ejecutivo, á semejanza de los Césares romanos.

Bonaparte y el Directorio se miraban con recelo, pero como cada uno necesitaba del otro, se trataron con recíproca complacencia. Los deseos del primero fueron órdenes para el segundo. Así, no halló la menor resistencia el General á su deseo de separar del mando del ejército del Rhin á Augereau, que, infatuado con su importancia desde el diez y ocho de Fructidor, denunciaba al Directorio los ambiciosos proyectos de su antiguo general en jefe, censuraba con dureza el tratado de Campo-Formio y dirigía á las poblaciones alemanas provocaciones revolucionarias, que podían comprometer la paz. El Directorio hizo más: llamó en todas las deliberaciones relativas á los asuntos exteriores á Bonaparte, que imprimió á la política la prontitud y energía propias de su carácter. Desde este instante, el General fué el alma y guía del gobierno. Nunca se apartaba de su imaginación el lejano Oriente; pero columbraba ahora, en un porvenir más ó menos próximo, la posibilidad de gobernar á Francia, someter el santo Imperio romano y atacar directamente á la detestada Inglaterra. En este ataque coincidían con las del Directorio las aspiraciones de Bonaparte, que se mostraba tanto más favorable á los armamentos marítimos necesarios para

esta empresa, cuanto que pensaba aprovecharlos en su expedición á Oriente. A estos múltiples proyectos añádanse los de cambiar la Constitución de Holanda, anexionar toda la margen izquierda del Rhin, ocupar militarmente á Suiza y someter los Estados independientes que quedaban en Italia. Estos planes no podían realizarse sin peligro de alterar la paz en el Continente é impedir, quizás, la ejecución de sus propósitos sobre Oriente; por lo que, semejante conducta habría parecido ligera y disparatada no tratándose de Bonaparte, que jamás conoció el arte de concentrar sus fuerzas en un solo punto y que gustaba de provocar los peligros, por el gran placer que le proporcionaba el vencerlos. El trabajo y la lucha eran alimento necesario para su alma ardiente. «Tengo muchas cuerdas en mi arco, decía con frecuencia; ejecuto siempre mi tema de maneras muy variadas»; y su tema eran el combate, la dominación y el poder. Sembraba la discordia en todas partes, para llevar luego la guerra al teatro más ventajoso. Si alguna de sus medidas disgustaba al emperador Francisco II, no le faltarían nuevos expedientes para calmarle ó asustarle, y si la ruptura fuese inevitable, lo mismo le daba apoderarse de Viena que de Londres ó del Cairo. En estas ideas estaban informadas las instrucciones que Talleyrand entregó el diez y nueve de Enero al general Bernadotte, nombrado embajador de Francia en Viena. Se le recomienda en ellas que se guarde de provocar cuestiones sobre Italia, y si los austriacos las entablan, abogue por la paz y la moderación; que trate de descubrir hasta qué punto sería posible la restauración de Polonia, y caso de serlo, si el Austria la vería con buenos ojos; y sobre la cuestión turca que tanto interesaba á Bonaparte, se le decía: «Sabido es que Catalina y José proyectaron repartirse la Turquía, y es de suponer que sus sucesores perseveren en este propósito. Francia se esforzó un tiempo en fortalecer este Estado, pero sus tentativas surtieron efecto contrario apresurando la ruina de los Osmanlis. Hoy la República está firmemente resuelta á no tolerar la ruina de la Puerta sin asegurarse para sí buena parte de ella, para que no se le arrebate el comercio del Mediterráneo. Bernadotte observará, pues, con la mayor diligencia las relaciones entre Viena y San Petersburgo.

Entre los múltiples proyectos de Bonaparte, la expedición contra Inglaterra era el que ahora cautivaba preferentemente su atención. Dirigió á todos los puertos instrucciones terminantes y precisas para la reunión de los navios de guerra y transporte, así como de hombres y municiones; pero en la ejecución de estas órdenes se tropezaba con un gravísimo inconveniente: la falta de dinero. Y ¿á dónde ir á buscarlo? Muy sencillo: á los Estados vecinos aliados ó neutrales. Para juzgar de la celeridad con que procedió el Directorio, movido por el alma de Bonaparte, baste decir que, del ocho al veintiuno de Enero, se prohibió á las naciones neutras comerciar con Inglaterra; se despojó por completo á Holanda de su independencia; se sometió á vasallaje á la Cisalpina; un cuerpo de ejército ocupó á Roma; otro cuerpo invadió la Suiza, y se pidió la margen izquierda del Rhin. Reseñemos rápidamente estos sucesos.

Mucho se había discutido entre publicistas y diplomáticos la cuestión de derecho marítimo, de si el pabellón neutro cubre la mercancía enemiga, como había sostenido el gobierno de Luis XIV, ó puede la mercancía de nación enemiga ser apresada en barco neutro, que era lo que pretendían los ingleses. Francia mantuvo, desde el principio de la Revolución, que la pretensión de los ingleses constituía una verdadera tiranía de los mares, y á punto estuvo el Directorio de declarar la guerra á América cuando ésta reconoció, por el tratado del noventa y cuatro, el sistema británico. El deseo de lesionar á la industria insular hizo variar ahora de parecer á los directores, que prohibieron, por ley de primero de Noviembre del noventa y seis, la entrada en territorio francés de todos los productos ingleses y amenazaron con embargar los barcos que los importasen. No paró en esto. Inglaterra, en represalias, declaró contrabando todas las mercancías de origen francés, cualquiera que fuese su propietario actual; y entonces el Directorio presentó á los Consejos, y éstos aprobaron el ocho de Enero, una ley declarando buena presa el navio que llevase á bordo mercancías inglesas, sin distinguir de pabellón, y prohibiendo la entrada en puerto francés á todo barco que hubiese tocado en puerto inglés. Después de haber predicado por tantos años contra la tiranía británica, daban los franceses con esta ley quince y raya á los ingleses, confiscando, no sólo la mercancía, mas también el navio neutro. Nunca habían sido tan hollados los derechos de las potencias neutrales, á las que se prohibía en absoluto sostener relaciones de comercio con Inglaterra. Estas medidas fueron como el preludio del bloqueo continental, lo que iba á asegurar que su autor fué Bonaparte.

No había de andarse con remilgos en aumentar las fuerzas navales con las de sus aliados, el que de esta suerte imponía á los mares una tiranía jamás conocida. La principal víctima fué Holanda. Cara había pagado esta República su emancipación de la casa de Orange: había perdido sus mejores colonias, la mayor parte de su flota y la tranquilidad interior. Su constitución apenas había variado; habíanse cambiado los nombres, no las instituciones. Se llamó á los diputados de los Estados provinciales representantes provisionales; los magistrados de las ciudades formaron Ayuntamientos; á la palabra *señor* se substituyó la de *ciudadano*, y se computó el tiempo por la era de la República báltava. Esto fué todo. Lo esencial de la antigua constitución, esto es, la independencia de las provincias, que daban á sus representantes en los Estados generales mandatos precisos y se reservaban el derecho de sancionar sus decisiones, esto se conservó. No tardó en formarse contra esta organización un partido radical, que tomó por bandera la *república una é indivisible* de los franceses; exigía la implantación de la igualdad democrática; combatía á los partidarios de la federación con el mismo encarnizamiento que á los orangistas, y pedía la convocatoria de una Asamblea nacional que gobernase y redactase una nueva Constitución, como había hecho en París la del noventa y tres. La derrota de la flota en Camper-

duin agravó la situación. Para construir nuevos barcos, el gobierno recurrió á un nuevo empréstito forzoso del ocho por ciento, que produjo general disgusto. Provincias, direcciones, asambleas primarias, todo el mundo protestó del nuevo tributo, que fué rechazado, siguiendo el Tesoro vacío y la flota sin poder prestar servicio. En este punto, intervino el Directorio, resuelto á concluir con los poderes provinciales. Los radicales holandeses se encargaron de sacarle las castañas del fuego. Al discutirse el empréstito forzoso, cuarenta y tres diputados demócratas habían redactado un proyecto de Constitución, que una diputación de ciudadanos de Amsterdam presentó á la Asamblea nacional y ésta aceptó, como base de la reforma constitucional que iba á estudiarse. Pero este lento procedimiento no satisfacía al Directorio, que tenía prisa y que deseaba, sobre todo, un cambio inmediato de personas en el gobierno. Bastóle para conseguirlo enviar de embajador, en sustitución del moderado Noël, al antiguo ministro y fogoso jacobino, Delacroix, el cual, de acuerdo con Joubert, comandante de las guarniciones francesas, y con el general holandés Daendels, demócrata violento, tomó al punto las medidas convenientes para provocar un diez y ocho de Fructidor holandés. El veinte de Enero, la Asamblea nacional eligió de presidente á uno de los cuarenta y tres, Midderigh, que el veintiuno, por la noche, reunió á sus cuarenta y dos colegas, les mandó que hiciesen cerrar las puertas de la ciudad y ordenó á los dos generales tener dispuestas las tropas. El golpe se dió al día siguiente, en que, no bien la Asamblea se constituyó en sesión, los generales llamaron á veintidós de los federales á un salón inmediato y les arrestaron, al tiempo que un destacamento de tropas se apoderaba de los amigos del comité democrático. Entonces, Midderigh hizo votar á la Asamblea la supresión de los poderes provinciales y la creación de un nuevo gobierno, reducido á un Directorio de cinco personas. El Tribunal supremo cumplió con su deber intimidando al presidente, Midderigh, á comparecer á su presencia para dar cuenta del arresto de los veintidós diputados: acto de valor que se premió, naturalmente, destituyendo á los jueces. Joubert escribió á Bonaparte que estaba asegurado para en breve el armamento de diez navios de línea, y el general envió al Directorio un mensaje exigiendo, para la empresa que preparaba contra Inglaterra, doscientas cincuenta chalupas cañoneras y navios de transporte. La República báltava fué desde entonces mera dependencia de Francia.

Suerte semejante corrió poco después la República Cisalpina, donde la vida constitucional había empezado el veintiuno de Noviembre del noventa y siete, inaugurando sus sesiones el Consejo de los Ancianos y el Gran Consejo. Este manifestó desde el principio ferviente entusiasmo por la libertad y el progreso democrático, que hubieron de refrenar el Consejo de los Ancianos y el Directorio. El punto negro era también aquí la postración de la Hacienda, juntándose á la devastación del país y al desorden en la administración, lo que costaba el sostén de las guarniciones francesas, encargadas, decía la fórmula oficial, de proteger la libertad republicana. ¡Dichosa libertad, que equivalía al universal

despojo! Para que esta protección fuese duradera, Visconti, embajador de la Cisalpina en París, negoció entre las dos repúblicas un tratado de alianza ofensiva y defensiva, entre cuyos artículos figuraba el de que Francia prestaba á la Cisalpina, á petición y expensas de ésta, un cuerpo de ejército de veinticinco mil hombres, recibiendo por la merced diez y ocho millones. El Directorio milanés y el Gran Consejo aprobaron el tratado; el Consejo de Ancianos lo rechazó, exponiendo los fundamentos de su resolución. El tratado sujetaba, en efecto, á la República Cisalpina con los hierros de la servidumbre. Claro es que semejante resistencia no se había de tolerar. El Directorio dirigió al Gran Consejo un mensaje declarando inconstitucional la conducta de los Ancianos, que sólo tenían el derecho de aprobar ó rechazar, sin exponer los motivos de su decisión; y los Ancianos volvieron á reunirse, deliberaron de nuevo y de nuevo rechazaron el tratado, sin decir esta vez los motivos de su acuerdo. No contuvo á los gobernantes esta expresión admirable de patriótica entereza. El quince de Marzo, el Directorio excluyó del Consejo á los individuos de la oposición y ordenó á la Cámara mutilada deliberar por tercera vez sobre el tratado, que fué ratificado «con jocoso entusiasmo». La fermentación producida en el pueblo por estos sucesos repercutió en las orillas del lago de Garda, donde las bayonetas francesas hubieron de reprimir una sublevación de campesinos. «Desde entonces, dice el *Moniteur*, profunda calma reinó en toda la Cisalpina», sometida, de igual suerte que Holanda, á la voluntad francesa. Pasemos á los Estados de la Iglesia.

Había en Roma un partido democrático, poco numeroso, pero más envalentonado cada día. En la noche del veintisiete de Diciembre del noventa y siete, se promovió en la calle una reyerta entre unos cuantos demócratas y la guardia de la ciudad, resultando muerto uno de los primeros y dos soldados heridos. La chispa prendió. El diez y ocho por la mañana, se reúnen unos trescientos demócratas; el general francés, Duphot, se junta á ellos y les alienta á sacudir el yugo del Papa; recorren en tumultuosa manifestación las calles, llevando delante la bandera tricolor, hasta que una compañía de infantería del Papa les sale al paso y los dispersa. Perseguidos por las tropas, se dirigen á la embajada francesa, gritando siempre: ¡Viva la libertad!, y cómo los soldados hicieran algunos disparos, se refugian en el patio de la embajada, desde donde, creyéndose seguros, siguieron vomitando á gritos insultos y amenazas contra la tropa, que se había quedado parada delante de la puerta abierta. Llega en este momento un destacamento de dragones, el cual, no pudiendo contenerse al oír las injurias, dispara á lo interior del patio, hiriendo ó matando á varios alborotadores. Al ruido, José Bonaparte y Duphot bajan al patio, en el que había penetrado la infantería papal; se lanzan, seguidos de sus compañeros, entre las tropas y los amotinados, é intiman á las primeras retirarse del recinto protegido por la bandera francesa. Los soldados retroceden unos pasos, no sin disparar de nuevo contra los rebeldes, por encima de la cabeza de los franceses, y entonces José y los oficiales des-

envainan las espadas y Duphot se lanza sobre los soldados, para impedir que disparesen otra vez; mas éstos, creyendo que Duphot les ataca, le cogen, le arrastran á la calle y le matan á tiros. Poco á poco quedó despejado el patio; la puerta se cerró, y Bonaparte formó la firme resolución de salir de Roma. Escribió antes al cardenal Doria pidiéndole que retirase á los soldados de las dependencias del palacio, y Doria le observó que debía empezar el por expulsar de la embajada á los rebeldes. Rechazó José esta observación en segunda carta, y sacó á relucir el asesinato de Basseville, cuyos autores, decía, vivían en Roma muy considerados, ya que no enaltecidos con cargos importantes. Le respondió Doria que las personas designadas en la carta ó no estaban en Roma ó habían sido declaradas inocentes, y añadía que el gobierno estaba pronto á dar satisfacción por los lamentables sucesos. Por toda contestación, José, en la madrugada del veintinueve, salió de Roma para Florencia, desde donde dió cuenta al Directorio de lo acaecido, acusando á la Curia de haber empujado á los rebeldes hacia la embajada por medio de polizontes disfrazados, y excitándole á castigar ejemplarmente tamaña perfidia.

El Directorio se frotó las manos de contento, viendo llegado el momento de acabar con el gobierno papal; Bonaparte sintióse contrariado. Mas no dejó de reconocer la necesidad de afirmar de nuevo en Italia el poderío francés, y de vislumbrar, sobre todo, los recursos que una expedición á Roma podría proporcionarle para el armamento de sus flotas. Envió, pues, el diez de Enero al comandante de las tropas de Italia, general Berthier, instrucciones, notables, como todas las suyas, por lo completas, enérgicas y prudentes. Mandaba á Berthier precaverse contra el Austria en la Alta Italia y contra Nápoles en la Central; reunir en Ancona unos catorce mil hombres, y llevarlos directamente y á marchas forzadas contra Roma; esparcir la voz de que emprendía esta expedición sin orden del Directorio, á impulsos de la indignación que le causara el asesinato de Duphot; cuando llegase á Macedata, lanzar una breve declaración de guerra, entretener á los negociadores, si se presentaban, con palabras de paz y seguir avanzando; una vez en las inmediaciones de Roma, publicar una proclama fulminante contra el Papa y sus ministros, para asustarlos y hacerles huir; en fin, provocar secretamente por todo el camino levantamientos republicanos, y sacar dinero de todo para nutrir bien al ejército. Esto último, hacer dinero, era el objetivo principal de Bonaparte. «Usted ha hecho de mí el tesorero del ejército de Inglaterra, le escribía Berthier; haré todo lo posible para llenar la caja». El fin político de la campaña nos lo revela Talleyrand en la Memoria que envió á Bernadotte el diez y siete de Enero. «Nuestro ejército se dirige á Roma; el Directorio no tiene la menor intención de conservar esta ciudad, ni consentirá que la Cisalpina se quede con ella. Tampoco trata de tocar á la religión; sólo exigirá, por la ofensa inferida, una reparación que le garantice de que no se ha de repetir». Por tanto, no se pensaba atacar la soberanía espiritual del Papa, y en cuanto á la temporal, el interés aconsejaba mantenerla, porque